

madre con sus lágrimas, la hija con sus lágrimas y con su belleza; pero, en honor de la verdad, decidió el caso la belleza de la hija. El bribón del comandante se enamoró de la muchacha, y el bárbaro puso su brutal amor por precio, y la hija salvó á la madre á costa de su inocencia....

—¡Miserable!—exclamó Rafael, apretando los puños, mientras María luchaba para reprimir los sollozos que hervían en su pecho, y la anciana agitaba sus ojos espantados, como si quisieran saltar de las órbitas, teniendo sobre las rodillas las manos cruzadas.

—¡Sí! (exclamó el General); este, este es el in....

Y alzando el puño, amenazaba al retrato, como si intentara aniquilarlo.

—Ello es (prosiguió diciendo) que el destacamento tuvo que salir á toda prisa á reunirse con los restos dispersos de la división, que había sido destrozada por Cabrera. Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* nos atribuyó una victoria completa: el mismo Cabrera se había escapado por el ojo de una aguja. Salió el destacamento, y el comandante dejó en poder de aquella infeliz criatura estos dos retratos encerrados en este mismo marco.

—Caballero (dijo Rafael): ¿vive ese hombre?

—Es posible (contestó el General). Lo bus-

caremos, y no será tan malvado que se niegue á dar un nombre á su hija.

Miró Rafael á María, y María bajó los ojos.

—Y bien (prosiguió diciendo el General): y si le encontramos, ¿qué le decimos?

—Le diremos (contestó Rafael) que aún puede reparar en parte el daño que ha causado.

—No, no (dijo María). Si vive..., sepa únicamente que mi madre espiró perdonándolo; que mi abuela lo perdona todos los días, y que yo lo perdono, como mi madre y como mi abuela.

La anciana agitó la cabeza con ademán afirmativo, y el General puso en manos de María los retratos; cogió del brazo á Rafael, y lo sacó fuera de la habitación.

Cuando bajaban la escalera, preguntaba Rafael:

—¿Dónde vamos?

—Vamos (le contestó el General) á dar un golpe maestro.

Todo esto ocurrió de la misma manera que acabó de referirlo.

XI.

La madre de Mercedes está loca de alegría: su hija se casa; va á ser suegra; mientras que Esteban se golpea la frente lleno de orgullosa satisfacción, exclamando:

—Aquí hay algo...., aquí hay mucho.

El General, por su parte, parece dominado por una impaciencia repentina, que no le deja dormir con tranquilidad ni comer con sosiego.

Su hermana lo ha sorprendido dando largos paseos por su estancia, y lo ha visto restregarse las manos con íntimo regocijo, y le ha oído decir entre dientes:

—¡Qué golpe! ¡Qué golpe!

Y ella se ha guiñado el ojo á sí misma, exclamando en el fondo de su pensamiento:

—¡Golpe.... el mío!

Ya sabemos que el General había sido un calavera. En los tiempos de su juventud estuvieron en moda las más atroces locuras, y no le quedó ninguna por hacer. También sabemos que á su vuelta de América se le creyó rico; pero esta creencia se disipó al cabo de algún tiempo, y los pretendientes de la sobrina, atraídos por la fama de la riqueza del tío, emprendieron la retirada.

El tío había traído de América una buena fortuna, que debía heredar su única sobrina; pero temió que la codicia de la herencia hiciera su desgracia, y, llevado de su genio militar, preparó una emboscada.

Consistía la emboscada en ocultar su fortuna, y la ocultó con tanto empeño, que al poco tiempo se le consideró pobre, y la sobrina se quedó sin pretendientes.

Su idea era que encontrara un marido que la quisiera pobre.

Esteban había sospechado este secreto; averiguando la verdad, buscó el tesoro del tío con la mano de Mercedes.... La pidió, y la obtuvo.

El General no tuvo ya inconveniente en dejar traslucir que podía disponer de algunos millones, y se instaló en una magnífica casa, alhajando la planta baja para que sirviera de habitación á su hermana, que había de vivir, claro está, con su hija y con su yerno. Él se reservó el piso principal, desplegando en el mueblaje un lujo extraordinario.

Semejante transformación despertó hacia Esteban una envidia casi universal. «¡Qué casamiento!.... ¡Qué fortuna!....» Estas eran las exclamaciones que lo seguían por todas partes.

Más de un amante antiguo de la sobrina próximamente millonaria debió llamarse á sí mismo tonto muchas veces al día.

Esteban había dado un golpe maestro: su perspicacia estaba, por decirlo así, en boga; su crédito era inmenso, y su celebridad de hombre práctico y positivo subió de punto.

—¡Qué nariz!.... (decían.) ¡Qué nariz!.... ¡Cómo ha sabido oler los millones del tío!

—¡Lo que es el talento! (añadían otros.) Esteban va á ser millonario, y el tonto de Rafael, metido con la florista, será.... lo que Dios quiera

La boda estaba anunciada con toda la pompa de una solemne publicidad. La viuda había invitado á medio mundo, ansiosa de que el universo entero fuera testigo de su triunfo. Los periódicos echaron al vuelo las campanas de su regocijo, deseando todas las felicidades imaginables á los futuros cónyuges, celebrando de paso el desinterés de Esteban, la belleza de Mercedes, la elegancia de la viuda y la hábil manobra del General ilustre. Por último, publicaron el inventario del *trousseau*, advirtiendo que estaba de manifiesto en casa de la novia.

Llegó la noche del fausto día, y los salones del piso principal resplandecieron iluminados. Los coches hacían cola en la calle, y las notabilidades del gran mundo se codeaban bajo aquellos techos resplandecientes.

Delante de tan magnífica concurrencia firmaron los novios su... felicidad...

De repente circuló entre los convidados el extraño rumor de que había otra boda que presenciarse en aquellos mismos salones; mas la especie, repetida de boca en boca, vino á ser el tema de una broma general, sobre el que se hicieron diversas variaciones.

—Debe ser cierto (decían unos): el General no había de morir sin hacer esa calaverada; él es el novio de la segunda boda.

—No, no (replicaban otros); la novia es la

viuda: su hermano la ha comprado un marido.

—La sorpresa que nos espera (añadían algunos) es mucho más extraordinaria, y ha de causar gran sensación en el mundo: se casan los dos hermanos.

Esta ocurrencia, repetida de salón en salón en voz baja, producía ruidosas carcajadas, que daban á la fiesta animación y alegría.

—¿Cómo es posible eso?—preguntó una niña que acababa de salir del colegio.

—Muy sencillamente (le contestaron). Se les ha dispensado previamente el parentesco, en razón á la inocencia de los contrayentes. En tan tierna edad todo es dispensable.

Terminada la solemne ceremonia que unió para siempre á Esteban y á Mercedes por la divina virtud del Sacramento, el General alzó la voz, exclamando:

—Señores...

Un ligero murmullo se extendió por la concurrencia; se apiñaron las cabezas, acudieron los convidados que invadían los salones inmediatos, y reinó profundo silencio.

—Señores (repitió el General): me habéis concedido el honor de honrar mi casa, asistiendo á la boda de mi sobrina, que ha sabido inspirar al hombre que la ha elegido para esposa, un amor generoso, desinteresado y tierno: ¡Dios los haga felices!

Un nuevo murmullo resonó en señal de que el concurso unía sus votos á las palabras del orador. Éste continuó diciendo:

—Ahora voy á presentaros otro ejemplo de amor generoso y de noble desinterés, que tendréis la bondad de acoger con el entusiasmo de vuestra natural benevolencia. Vais á otorgarme el honor de asistir á una segunda boda.

Un tercer murmullo estalló, anunciando la sensación que causaba en el auditorio semejante noticia. Los convidados cuchicheaban, formando el rumor del enjambre que vuela alrededor de la colmena.

El General se acercó á un magnífico cortinaje de terciopelo carmesí, detrás del que se ocultaba una puerta. Apartó la pesada cortina, la puerta se abrió, y en el dintel apareció María. Cogióla el General de la mano, y adelantándose hasta la mitad del salón, la presentó, diciendo:

—Esta es la novia.

El concurso quedó mudo de asombro.

Nada más bello que la noble figura de María, modestamente vestida y sencillamente adornada, en medio de tan brillante concurrencia.

Esteban palideció. Mercedes se quedó con la boca abierta, y á la triunfante viuda se le cayó el abanico de las manos.

No había duda: el General se casaba.

María, con los ojos bajos, era el objeto de to-

das las miradas.... ¡Ella tan hermosa y él tan viejo!

El General parecía engreído del efecto que producía, y paseando la mirada victoriosa por el concurso, dejaba ver una sonrisa maliciosa.

Acercó á la novia á la mesa donde el notario había colocado previamente la escritura del contrato, y María tomó la pluma y firmó.

Entonces el General se acercó á la puerta de un gabinete que el tapiz disimulaba: la puerta se abrió, y apareció Rafael, pálido, pero arrogante. El General se apoyó en su brazo, y dijo:

—Señores: este es el novio.

Esteban respiró. Mercedes cerró la boca para sonreirse, y la viuda, más tranquila, dijo por lo bajo:

—¡Bah!.... Mi hermano está loco.

Firmó el novio y firmaron los testigos, de los cuales dos eran personas oscuras; un coronel retirado á quien nadie conocía, y un médico de regimiento: el tercer testigo era el vizconde.

En medio de un gran silencio se celebró la ceremonia religiosa.

—Señores (exclamó el General): os doy gracias con todo mi corazón, pues habéis asistido al casamiento de mi hija.

—¡De su hija!—exclamaron muchas voces.

—Sí (contestó): de mi hija, y, por consiguiente, de mi heredera.

La sorpresa llegó á su colmo.

Poco después la Marquesa pidió su coche, Margarita se retiró con jaqueca, y Matilde fué á saludar á María, la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente.

En los corrillos se contaba la historia de la hermosa florista, y Rafael fué el héroe de la fiesta.

XII.

Frente á frente, con una mesa de por medio, en que dos criados con guantes blancos acababan de servir un exquisito almuerzo, se encuentran Rafael y Esteban, taciturnos y pensativos.

Al fin el primero dijo:

—Veas tú por qué singular combinación de las cosas hemos pasado de amigos á primos.

—Es verdad,—contestó Esteban.

—Ahí tienes, calculador estúpido, una circunstancia que tú no habías previsto. ¡Tú, que todo quieres sujetarlo al estrecho compás de la razón! ¡Quién te había de decir, geómetra insigne, que los millones del tío, que tú buscabas en la mano de mi querida prima, los había de encontrar yo en la puerta de Santa María de la Almudena bajo un manto con velo!

Esteban se encogió de hombros, y Rafael prosiguió diciendo:

—Confiesa que hay, sobre los cálculos huma-

nos más hábilmente conducidos, una inteligencia superior, que dirige las cosas por caminos desconocidos para la razón del hombre.

—¡Oh! (exclamó Esteban.) No hablemos de eso. Conténtate con que confiese que he perdido el almuerzo que apostamos. Estoy dispuesto á pagarlo.... ¿Qué más quieres?

—Quiero que veas en lo que te sucede la mano de la Providencia.

—¡Preciosa mano! (replicó Esteban, dejando caer el puño sobre la mesa.) ¡La mano que así me quita la soberbia fortuna con que había soñado!... Si hubiera sabido tejer bien mi red, ahora me reiría....

—No blasfemes.... Reconoce que sufres el castigo de tu soberbia.

Esteban soltó una carcajada.

—Ríete; pero ¿qué dirías si la misma mano que te arrebató esos miserables millones, te los devolviera?

—Diría.... que.... ¡vamos!...., que era una mano generosa.

—Pues bien: nuestro tío ha formalizado su testamento, partiendo su fortuna entre la sobrina y la hija. Sé franco. ¿Esperabas tú esto?

—No,—contestó.

—¿Por qué?

—Porque el tío está loco con su hija, y tonto contigo.

—Pues precisamente por eso lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Su hija le ha obligado á hacerlo.

—¿Ella misma?

—Ella. Ahí tienes otra cosa que estaba fuera de tu previsión.

Apoyó Esteban ambos codos sobre la mesa, escondió las mejillas en los huecos de las manos, y permaneció largo tiempo pensativo. Entretanto pedía Rafael la cuenta, que con propinas y todo importaba quinientos veinte reales. Habían almorzado como dos príncipes.

—Este almuerzo (dijo Rafael) debes pagarlo. Es nuestra apuesta.

Esteban puso sobre la mesa el valor del almuerzo.

—¡Qué lástima de cabeza!—exclamó Rafael, poniéndose de pie, y pasando la mano por la naciente calva de su amigo.

Esteban permaneció inmóvil, mudo, meditabundo y sombrío.

En esto el Vizconde los vió, se acercó á ellos, y les dijo:

—He aquí el corazón, y he aquí la cabeza.

FIN.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La mariposa blanca.....	1
El número 13.....	71
Día aciago.....	135
El Saludador.....	205
El corazón y la cabeza.....	273

